

El Graznido

Cristian Figueroa Acevedo

Obra estrenada en la primera versión de "Monólogos de la Ciudad"
(Santiago de Chile, agosto 2001)
dirigido por Paly García, interpretado por Marcial Tagle

El Graznido

Un espacio siempre crudo. Claroscuros.

La silueta de un hombre en el ventanal de un edificio, sobre un sexto piso. La luz, la intermitencia, los ruidos, el tráfico y todo eso. Toda la luz entra por la ventana. El hombre aparece como una silueta en la niebla: un ser dulce y pequeño. A medida que pasan las horas su imagen se irá haciendo más nítida: una figura alta, agotada y perversa.

La música de alta fidelidad. A ratos desde la calle suena la ciudad.

Atardecer, el hombre seca su cabeza con una toalla. Su voz baja comienza a oírse.

Vamos a nacer de nuevo, capullito. No veremos más estos sucios atardeceres. ¿Qué había afuera antes? ¿Ángeles? ¿Árboles? ¿Chiquillos corriendo tras los pájaros?

¡Mi cabeza! Húmeda y fresca... pero arde mi cabeza. La sombra de esos chiquillos corriendo tras los pájaros se agranda en mi cabeza. Y ahora qué. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué puede pasarme? ¿Hay alguien allá afuera? ¿Hay alguien en toda esta ciudad?

Ciudad, ciudad, ciudad... qué palabra más seca y salvaje.

Toma el teléfono, no marca, pero habla.

¿Qué hubo antes allá afuera? ¿Hubo alguien? ¿Qué hay detrás de mí? Siempre alguien sonrío a mis espaldas. No siempre, a veces, a ratos... no sé. ¿A mis espalda o dentro mío? Perdí la cuenta, perdí los ojos, la mirada. El sol me asusta de tanto que viene y va.... El brillo me enceguece. Quema mi cabeza.

La música, ¿hace cuánto?, viene y va, no se detiene, repica. Repica. Resuena. Asusta. Viene y va. Va y viene. Como el sol viene y va. La gente, el ruido, los pájaros, los aleteos, la ciudad... Círculo mortal.

Mira a sus alrededor; toma el teléfono, esta vez marca, no habla.

Se sonrío al escuchar una voz del otro lado del teléfono, cuelga. Vuelve a secarse la cabeza.

El agua alivió mi cabeza. Mojaba mi espalda, mis alas, mi vientre. Ya voy a reponerme. Ya lavé mi cuerpo, ahora estoy más limpio, más claro, más bello.

Camina iracundo por la habitación.

Sale un mal olor, un mar de hedor. ¿Qué es ese olor? ¿De dónde viene? Son esos niños indecentes que se mean y cagan en cualquier parte. Vómitos. De tanto comer, vomitan. Sus peos, sus sudores...

Huele sus manos, tapa su cara.

¡Mierda! ¡Soy yo! Yo tengo el mal olor. Yo expelo frasecillas. Poesía barata, estulta, animal, pájara, palabras, graznidos. Juré no hablar y hacer silencio. Silencio. El silencio repica, entra en mis huesos; en un hueso miserable que retuerce la garganta, el esternón y el intestino. Graznar y cagar es un mismo acto, un mismo hueso; un hueso silencioso, apéndice traidor. Silencio traidor, delator. ¿Huelo mal? ¿A qué huelo?

Ahora es de noche, el hombre deambula en su habitación, gira en torno a un teléfono en el suelo. Enciende un cigarrillo.

Muchos me declaran la guerra, yo no la declaro. No declaro nada, soy inocente. No amenazo, acierto, soy perfecto. Mi guerra es precisa, preciosa y pura. Mi guerra ya está jugada. Te quiero aquí para que veas mis triunfos. Quiero frente a mí a todos mis asesinos, a todas mis víctimas. ¡Mierda! A ratos quisiera que alguien ponga fin a este melodrama, y volver a mi vida real, la de siempre, la de antes, la que recuerdo. Pero no hay película, no hay vida real.

Toma el teléfono. Marca, ahora habla: su voz está siempre en una tensión entre grito y el susurro; trata de mostrarse seguro, a veces en una cruda ironía.

¡Margarita! ¿Eres tú, Margarita? Tranquilízate. Estará todo bien. Tengo a los niños. Están bien, están conmigo. ¿No me correspondía? ¡¿Así que no me correspondía?!

Están durmiendo, no tienen idea de nada. No tienen idea. Fue una linda tarde, los llevé al cine, luego comimos esas chatarras que les gustan tanto. ¿Por qué los acostumbraste a comer chatarra? Con eso los compras, ¿no es cierto?

Estamos en mi nuevo departamento. ¿Estás rastreando la llamada? ¿La estás rastreando? *(en un tono agresivo, directo)* Perfecto. Mañana a primera hora irás al juzgado. Retira esa demanda. ¡Limpia mis papeles, quiero todo limpio desde ahora! No llames a la policía. No les digas de esto. Los niños van a estar bien si colaboras. Quiero llegar a un buen acuerdo. *(vuelve al tono inicial)* ¡¿Ramírez?! ¡Qué sé yo de Ramírez! ¿Dónde va a estar ese viejo ahora? ¡En su casa, durmiendo! Mira, me despidió. Fue una idiotez, todo en esa oficina fue siempre una idiotez. No me metas en eso. Limpia mis papeles. Mi nombre.

¡Hazlo o no sabrás de esos niños! Yo no hago chantajes. Graznar antes de morder la presa. ¿Quieres saber de qué soy capaz? ¿En serio quieres saberlo? ¡Son tus hijos! ¡Tú los pariste! Y es a ti a quien cercenaría.

Soy un cobarde. ¡No lo repitas! Un cobarde, un pequeño ganso. Tengo mucha paciencia. Tengo todo el tiempo del mundo. Espera mi llamada, cuando estés tranquila. Es bonito hablar contigo, capullito.

Corta el teléfono.

Se sienta enciende otro cigarrillo. Intenta acurrucarse, pero no puede. Vuelve a sonar la música del principio. Intenta mil formas en el sillón: un pájaro demasiado grande para ese nido. El cigarro siempre en sus manos. Sale.

Vuelve con unas tostadas (unas galletas, etc.), come sin evitar que caigan las migas.

¡En esa oficina nadie tenía el más mínimo buen gusto! ¿Cómo usa esos calcetines, señor Ramírez? ¡Qué ridículo! Yo iba a darle estilo, Ramírez. Yo mantenía digna esa fábrica de documentos.

Siempre hice lo correcto. Y aquí me tienen. Aquí me tienes, Ramírez, en la cresta de basural. ¡Eso querías! Querías que llegáramos hasta este punto. De eso se trata tu oficio, de exasperar, de fastidiar, de volverme inútil. Ni siquiera tuviste valor para despedirme, tu secretaría vino con un miserable finiquito: “Es por su bien – me decía -, es mejor que esté lejos por un tiempo. Descanse, disfrute de sus niños”.

¡Cuando vean a esos niños!

¡Esos no son niños! No sé que hicieron con ellos. Su ordinariez, su torpeza, sus dientes picados, el veneno de su baba. Los niños son terribles, señor, ¿no lo sabía? Hieren los tobillos, carcomen los zapatos, dejan pegajosas las manos.

Yo, animal acorralado, estaba de pie, indefenso, observado por su madre, su nuevo padre, sus abuelos.

¡A esas bestias chicas no les importa nada! No les importa que yo las ame. Llevan mi foto arrugada y con desconfianza. No soy su padre cuando no estoy con ellos. Esas criaturas abren sus ojos idiotas esperando un paseo entretenido de fin de semana. Ese fin de semana que cada quince días, por obra y gracia del espíritu cívico, me permite un juez. ¡Qué juez, un simple actuario! Me permite ser padre, siempre y cuando deposite sagradamente un porcentaje de mi sueldo. ¡Mi sueldo idiota! Me chupan hasta el cigarrillo.

Aún tengo un cigarrillo. Treinta y seis años, ropa vieja y un cigarrillo. Siempre ahí, escondido. En silencio el cigarrillo parece querer lamer mis heridas por dentro. Saciarme como nada puede satisfacerme. Es triste, es tremendo.

Se oye un automóvil, luces. Toma el teléfono, marca. No contestan.

¡Maldita!

Se acerca a la ventana y grita hacia fuera.

¡Te dije que no hablaras con nadie! ¡Qué no viniera nadie! ¡Váyanse de aquí! ¡Aléjense! ¡No me lastimen! ¡No pueden lastimarme! Voy a matar a los niños. No va a costarme nada, esta vez no va a costarme nada.

Cierra la ventana y se aleja de ella. Suena el teléfono.

Vienen por mí, han venido a ver mi ascensión al cielo. ¿Qué más quieren saber? ¿Cómo sobrevivir?

Contesta el teléfono.

¡Margarita...! ¡No encuentran a Ramírez! ¡Ahora yo soy el responsable de ese idiota! ¿Quieres que no haga ninguna locura? No te preocupes, sólo hago lo que me corresponde, es mi metro cuadrado, es mi naturaleza.

¿Mi hermano? No, no quiero hablar con mi hermano. Seguro que le estuviste lloriqueando. ¿Crees que él va a convencerme de algo? ¿Va a acusarme a mi mamá? ¡No es mi padre! ¡Nunca nadie fue mi padre!

¿Para qué vinieron? Me rastreaste. La policía tiene máquinas muy modernas, ¿cierto? Estás con la policía. ¿Crees que soy idiota? Si alguien se acerca al departamento, si hay alguien en el pasillo no vas a ver más a los niños.

¡No grites! Tú llevaste las cosas hasta este punto. No puedo evitarlo. ¡Soy un monstruo! Un monstruo casto, que no se vende por ese dinero que necesitas, por ese sexo que llevas en la cara, al que no lo detiene el hambre. Un monstruo cristalino.

¡Deja de preguntar por los niños! Estarán bien, con su padre. Soy su padre, no puedes evitarlo. No habrá más chantajes ni reproches. ¡No tienes nada que exigirme! Los hijos son prendas prestadas, siempre tendrán que irse de nosotros. Son un incidente, hay que aprender a desprenderse. Tú elegiste las reglas, capullito, yo las acaté durante mucho tiempo. ¿Por qué trajiste toda esa gente? ¿Soy tan peligroso? Dime ¿soy tan peligroso? Por eso cercos en torno mío, por eso restricciones, recursos, amparos.

¡Váyanse de aquí! Explica que todo fue error tuyo. Si alguien se acerca haré volar el departamento. Les sacaré los ojos, los diseminaré para que no los encuentren. Los mato a ellos y a mí, no quedará nada, no obtendrás nada.

Cuelga. El hombre echado en sillón.

No podré acercarme a la ventana. Los buitres apuntan sus picos para despellejarme. Mi talón de Aquiles se extendió por toda la espalda. Cualquier flecha podría herirme. Y uno espera, resiste. Alguien entrará por esa puerta con cascos y armados, como si yo fuera toda una banda a la que hay que enfrentar. En cualquier momento entra Ramírez y me pide perdón. O tú, Margarita, sonriendo, con tu vestido a lunares, como antes.

Todos vendrán pequeños, vacíos, inocuos, a pedirme perdón. Para sumarme a su maldita obsesión arribista de tomar un destino, como si todo estuviera escrito, como si la vida estuviera montada en un armazón terminado, correcto. No es correcto, es incompleto. Yo corregí, de una vez por todas yo corrijo ese armazón brutal en que me montaron. Y ahora quieren que me desdiga, que sea cómplice de sus estupideces, de sus lógicas, de sus matanzas, ofreciéndome un sitio de honor.

Suena el teléfono.

Pero siempre para traicionarte, para faltar a la palabra, para entregarte.

Suena el teléfono.

¿Cuánto vale la palabra? ¿Cuántas promesas hicimos? ¿Cuántas promesas creímos?

Suena el teléfono.

En cualquier momento la cabeza explota. Debe explotar esta cabeza para olvidar el monstruo que han parido en treinta y seis años. Hay tantas cosas

adentro. Tantas que se instalan en mi cabello y hacen pesar mi cabeza. La cabeza pesa. Los ojos saltan. Los oídos arden.

Csi desfallece, hasta que oye, al fin, el teléfono. Contesta.

Diga. Si, soy yo. ¿Pablo? ¿Qué haces allá afuera, Pablo? ¿Qué están haciendo? Esa estúpida armó este escándalo. Y tú le creíste. Me conoces, Pablo, me conoces de siempre. Siempre callado, esperando. ¡Un ganso, ¿te acuerdas?! ¡Bueno! ¡Ahora tu pequeño hermano cambió, Pablo! Soy otro, ya no soy tu hermano, lo siento. ¡No tienes nada que hacer aquí! ¡Nada! No es tu problema, yo ya soy grande. Demasiado grande. ¡No metas a mi mamá en esto! ¡Mi mamá, no!

Yo estoy bien, muy bien, no sabes lo bien que se siente haber cruzado las nubes, la carne, saber que no hay nadie capaz de detenerte. No sabes lo que es sentir que todo es tuyo, al fin tuyo... Es el mundo el que está mal, Pablo, anormal, inútil, pretende dejarnos quietos viendo como se autodestruye. Todo nos acorralla hasta un terreno séptico. Y no iba a dejarme corroer, Pablo. Todo era tan frágil. Mis manos siempre fueron torpes para sostenerse, pero había fuerzas de flaqueza. Me acostumbré a morir de a poco, de la mano de otros, morir muchas veces... ese puede ser un buen oficio: chapotear, hundirse, salir a flote. No me tomes en serio, no es necesario. ¿Qué es eso de tomarse todo tan a pecho? Estoy jugando. ¿Dónde está el humor, Pablo? Donde está tu maldita afición burguesa de tener un propósito, una meta, una cosa muy clara. Todos los propósitos de los que hablas me los paso por el culo, y el culo ardió de rabia, ya sacó todo. No voy a digerir nada más de tus discursos.

¿Qué me ves, Pablo? ¿Qué tiene mi voz? Es un juego. Yo era torpe para el juego. ¡Pero ahora yo tengo la sartén tomada del mango! Ahora yo soy el que gana. Y quiero ganar. En el minuto final es más sabroso, Pablo.

Corta el teléfono. Se pone de pie. Enciende un cigarrillo. Canturrea.

Fumar es un placer sensual, genial... etc.

Saca un arma de su chaqueta. Se acerca a la ventana, da dos disparos.

¡Sin trucos! Se acabaron las amenazas... ¡Salgan de aquí! ¡Saquen a todos los policías del edificio!

Suena el teléfono.

¡Ya sé como funcionan estos idiotas! ¡Quieren desesperarme!

Suena el teléfono.

¡Quieren convencerme! ¡Traerán hasta a mi madre! ¡Vendrá la televisión!

Suena el teléfono.

Me ofrecerán ayuda. Dirán que están de mi parte. ¡De mi parte, los muy idiotas! Un reality show.

Suena el teléfono. Lo contesta.

¡Los muy idiotas, caraduras! ¡Quieren ganar tiempo!

¿Con quién hablo? No, capitán, no quiero hablar con usted. No puede ayudarme, gracias. Estoy con mis hijos, éste es mi departamento. ¿Puedo saber que mierda de delito estoy cometiendo? ¡Esa puta mente! Todo es un invento de esa mujer con su abogado. Pregúntele de donde sacó la plata, pregúntele por su actual marido. ¡Ése sí que comete delitos! Preocúpese de ellos, mejor. Ellos son los criminales.

Ya no hay vuelta atrás, ellos iniciaron el juego, todos ellos y ahora que me toca ganar quieren terminarlo.

Usted tiene trabajo y está con sus hijos, capitán. No va a entenderme. No puede ayudarme, gracias.

No, capitán, no tiene idea lo que me pasa... la calle no es como usted la ve desde sus patrullas. Hay que entrar a las casas, ahí sí que hay mierda, ahí se perpetran los mayores delitos, se trafica con todo, capitán. Con las almas, con el cuerpo, con la fidelidad, con la paciencia de todo maldito cristiano. Se violan todos los códigos, no hay leyes bajo las casas, la familia es una montaña inhóspita... es inútil llegar a su cima. Es adentro, en las casas, en las salas de clases, en las capillas donde se cometen los mayores crímenes, capitán. No, capitán, los crímenes no se cometen bajo sus narices; sería todo tan fácil. Bajo sus narices se levantan espejismos, los tenemos demasiado cerca. La familia que tenemos, la mía, la suya, todas son un espejismo, capitán. Cualquiera las deshace, es un campo de batallas sin reglas, con mucha sangre y golpes bajos. Es su maldita clase media que pretende dejarnos inertes, hacernos cómplices, inofensivos. Hay que moverse, capitán, romper los espejismos.

La vida se ríe en nuestras propias narices, somos demasiado ilusos. ¿No discrepa de la vida que llevamos, capitán?

Soy un perfecto idiota, capitán. Sí. Soy perfecto. Mire donde me encuentro. Vine a parapetarme a un lugar totalmente inseguro. ¡A ver si me apuntan! ¿Cómo no van a apuntarme, capitán? Soy un blanco fácil. ¡Hagan sus apuestas! El que no me dé es un perfecto idiota, capitán. ¿Cree que podré salir con vida? Aquí estoy... ¿qué esperan? No, no es locura, capitán, yo elegí este sitio, a esta altura, porque tengo algo que ya nadie tiene, el honor, señor. No pretendo traicionarme. Mi honor está intacto.

Aquí estoy, dispáren y no vayan a equivocarse. No me den la posibilidad de apuntarles.

¡Quiero hablar con mi mujer! Deme con mi mujer, por favor...

Aló, Margarita. Parece que llevaste las cosas demasiado lejos. Hay mucha gente afuera. Siempre te gustaron los shows.

Todo hubiera sido más fácil, Margarita. Pero nos fuimos enredando. En algún momento nos trasnochamos, perdimos la medida de las cosas, las distancias, las proporciones. Algo empezó a pesarnos, tú nos traicionaste a todos. No te gustaban tanto los chantajes, no tuviste a tus hijos como rehenes para apartarme. Sigue jugando entonces.

No. Me da lo mismo tu ingeniero. Él no tiene nada que ver entre nosotros. ¡Tú eres la puta que se acuesta con un buen benefactor! Lo lograste, te felicito. ¡Que bien te viene, mi capullito! ¡Vales mucho ahora! ¡Conmigo valías poco?

Ropa de segunda mano... ¡Ahora eres de primera calidad! ¿Cuántas sobajeadas te costaron ese vestido? ¡Todo tu culo vale ese auto! ¿Y los quejidos? ¿Cuánto te dan por gritar mientras te lo hacen? Porque tú no lo haces, capullito, te lo hacen. Sin favores. Eso es muy caro.

Has escalado alto, los niños están más rosaditos, bien educados y tienen dos papás. Dos papás.

Si quieres puedes venir con nosotros... Siempre quisimos ir al caribe. Todavía tienes esa postal que envió tu hermana. Esa en la que pegaste una foto mía. Me hacías burlas por mi traje de baño. “Capullito, el traje de baño tan tosco para el caribe”.

¡Sí, están bien! Nunca estarán más bien que ahora; ahora y para siempre. Duermen. Tranquila, capullito, todo estará en orden, como debe ser. ¡Dile al capitán que nos haga llegar un buen desayuno y un paquete de cigarros! ¡Cigarros! Es mi placer. Placer. ¿Conoces algo que me dé placer?

Cuelga.

Vuelve a sentarse.

No preparé nada para después. Es una cruda sobremesa, solitaria, soy un ser demasiado solo, demasiado lejos, demasiado alto.

Juega con sus dedos sobre la mesa de centro.

Todo gira bajo mis pies. Todo a mi disposición. Soy gigante, eterno, inmenso. Ya falté a los diez mandamientos y no se atreven a condenarme. Ya violé las reglas y no me dan medio a medio. ¿Quién va a poder hacerme algo? Ni yo puedo detenerme, estoy demasiado lejos, muy lejos... vuelo alto, ya soy un halcón, un águila...

Toma el teléfono. Marca. Habla.

Capitán, dígame a mi hermano que no tiene nada que hacer aquí. Que esta vez no va a poder solucionar nada. Que vaya con su madre al sur. Mi madre está vieja y sola. Pregúntele hace cuánto que no la ve. Dígame. No quiero verlo aquí.

Cuelga.

Es demasiado el silencio. Este silencio besa suave en la mejilla, tan suave que me adormece; y cierro los ojos. Y en esta oscuridad me hundo. Con suavidad. En silencio. Silencio homicida. Silencio que se deja matar.

Estoy cansado y adolorido. Esos niños son mi única arma. Esos niños fueron mis hijos. Tenerlos, parirlos, conservarlos, domarlos, retenerlos, pus en las orejas y en el cuello... insoportable. Los tenía, los perdí, volví a tenerlos, son míos, tan míos, ya no voy a perderlos más.

Medea. ¿Quién la recuerda? Lo más propio, lo más amado...

Junto a la muralla, se retuerce, suda, va a golpearse la cabeza y grita.

Medea es la madre, el padre, los hijos sacrificados. Los hijos vengando una traición. Los hijos venganza. Los ojos. Los hijos se vengan con sus ojos afuera, con su rostro, su madre, el llanto.

¿Para qué van a vivir los pobrecitos? ¿Para qué descuartizarlos? ¿Para qué repartirlos entre tanta gente?

Se mueren, descansan. Se mueren, despiertan. Se mueren y acaban con todo lo que te amarra a mí, puedo hacerlo por ti, capullito es mi gesto de mor. Cronos se come a sus hijos y escupe fuego, y apaga las tormentas y diluye el aire y restituye a los hombres. Se arranca los ojos. ¡Es mejor arrancarse los ojos!

Suena el teléfono. Enciende otro cigarrillo.

Suena el teléfono insistentemente. Lo descuelga. No escucha lo que le dicen, sólo habla.

¡Sí! ¡Claro! Entiendo. Debe haber estado muchas horas ahí, ¿cómo no darse cuenta? Rígido, frío. ¡Ese Ramírez! Tenía sus cosas secretas. No era un mal tipo, pero... ¿Qué se le habrá pasado por la cabeza? ¿Una bala? ¡Una bala, sí!

Ríe. Juega con su arma. Delira.

¡Una bala por la cabeza! Y no gritó. Tan digno, señor Ramírez, tan sobrio y bien tenido. ¿Qué me dice ahora, Ramírez! ¿Vio que soy capaz? ¡¿Vio?!

Ríe. Gira delirando por la habitación.

¡Los niños eran unas bestias! ¡No son niños! Nunca lo fueron. Era necesario, señor Ramírez. Siempre es necesario un acto de corrección, de instrucción, métodos adecuados para la contrición. Se lo agradeceré siempre... Sus consejos... era como un padre para mí... por eso... por eso... ¡Nunca nadie fue mi padre!

Se sienta, como si le hablara a alguien muy próximo.

Hay cosas peores, Ramírez; terribles, tremendas. Una vorágine de destrucción asusta a todos los hombres. Nadie entiende las bromas, todos se toman todo demasiado en serio. ¿Quién puso la guerra y sus víctimas frente a nuestros ojos? Como un cuadro cotidiano, de mal gusto. Pero al rato ya no nos importa, funcionamos, nos santiguamos. Ya no nos importa. ¿Para qué resguardos, preguntas, interrogatorios y represalias?

¿Por qué se lo toman todo tan en serio? Yo juego. Soy un ave, un ganso - cuervo arrancando ojos.

Se acerca a la ventana, se esconde. Vuelve a mirar, sonrío y muestra su arma. Vuelve al sillón.

No, Medea, no pueden contigo.. Se hará tarde, no ves bien de noche.

Si pudieras cerrar los ojos, antes que la cabeza explote. Retorcerme... hasta mañana. Allí entonces me levantaría sonriente, saldría a correr por un parque, besaría las palomas. Ya no habría nada en la espalda.

Pero abro los ojos, las paredes hablan, el brillo del sol escribe un epitafio y el oráculo me amenaza: “Lacoonte se ahoga con sus hijos. Medea sonríe, mientras un cuervo le saca los ojos... y grazna. Las figuras de mármol ven pasar sus restos bajo los puentes. Los querubines sonríen”

Ya no hay nadie cerca. Hace algún tiempo era un hombre, un padre, un soldado, un profesional; nada tan heroico. Ahora me ensucié de crímenes. De pequeños crímenes, casi unos favores. Soy un semidiós. Estoy impune. Ahora soy un dibujo nítido, inmenso, glorificado de la maldad. No hay nada más perfecto que hacer el mal, el daño es efectivo inexpugnable

Ya no tengo hijos, ni armas, ni venganzas, mi pico susurra un suave graznido. Siempre fui un ganso, ahora ya soy un cuervo.

Toma el teléfono. Marca. Habla.

¡Aló! ¿Capitán? Quiero hablar con mi mujer. ¡Con mi mujer, digo! ¡No! No tengo nada que decirle a usted. ¿Qué sé yo lo que le hicieron a Ramírez? Ese hombre, esos hombres tienen muchos enemigos. Tal vez sus fantasmas lo traicionaron, sus ángeles lo abandonaron. ¿qué sé yo? ¡Qué se lo coman los pájaros! ¡No tengo nada que confesar! Quiero hablar con mi mujer. Tengo a los niños. Yo hablo, yo doy las ordenes.

Margarita. ¡Eres tú? Habla más fuerte. ¿Tú estás muy cansada? Eso no es nada con lo que me ha tocado a mí. Es triste llegar a este punto, capullito. No quise insultarte. Lo de “puta” fue un decir. Cuando te fuiste con ese ingeniero te entendí, te deje en paz, ¿te acuerdas? Todo muy civilizado, como debe ser.

No. No podríamos volver. Sería lindo, lo sé, pero no. Todo se enreda, se vuelve áspero. Ha sido tremendo. Te amé. En algún punto de esta madeja te amé.

Pero se acabó. ¿Sabes por qué te llame? No vas a creerlo. Eres mi única amiga, capullito. Tú vas a entenderme, ¿cierto?. Dile a los policías que vengan por mí, estoy desarmado. Pueden subir. He aquí el hombre, un simple hombre frente a la ventana, de pie, limpio, jabonado y afeitado. Aquí, en pie, que se acerquen lentamente, con cuidado; soy eléctrico, demasiado para ellos, que me tomen con cuidado.

Tranquila, los niños bajan en estos momentos, los acabo de poner en el ascensor. Están bien, no se han dado cuenta de nada. Esta pesadilla ha terminado, capullito, entiéndeme. He querido, por sobre todas las cosas, abrir mi corazón, ponerlo frente a mi y decidir si es necesario perpetuar o acabar con el monstruo que me ha nacido, que se había desatado en un crimen y corría por un oscuro callejón.

He querido estar puro para ese momento, verme vacío para poder asumir íntegramente mis actos, en su justa medida, en su fría distancia, en su gesto completo observado desde mi vacuidad. Para desentrañar la fiebre, las culpas, la

propiedad, la belleza y torpeza de todas mis cosas. Pero ¿como podría hacerlo si no me dejaba en píte, si me arrancaba los ojos y mi propio corazón? No podía, tenía que buscar en mis engendros, en eso hijos míos, tan míos porque llevan mis carnes y mis células. Dentro de ellos podría descifrar mi carne, mis gritos, mis ojos, mi brutalidad desatada en horas de furia. El corvo del cuervo hizo un buen trabajo. Algún día te contaré como fue todo. Era bello descifrar la carne, buscar adentro, creía encontrar lo que era mío, descubrir las razones, ver mi germen perpetuo y monstruoso... pero no había nada, sólo carne, podredumbre, venas insatisfechas. Los niños estaban muy mal por dentro, capullito. Los ordene lo mejor posible, siempre nos gustó verlos bien presentados. Ya bajan, son seis pisos. Una negra bolsa de plástico. Los he limpiado. Una bolsa de plástico dije... ¡Son dos! Dos bolsas con sus presas, no manché sus ropas, las guardé conmigo. Van limpios y sin ojos con que verte derrotada. Cada corte es un beso para ti, capullito. Cúbrelos bien, ¿Sí? Que no vayan a desarmarse. (Ríe) ¡Qué no vayan a desarmarse! No podré olvidarlos.

*Ríe y tiritita. Anochece. Sirenas, ruidos de un arresto y una carcajada pavorosa.
Una risa, un grito, un graznido.*

FIN

Santiago, junio de 2001

El Graznido

Autor: Cristian Figueroa

Directora: Paulina (Paly) García

Actor: Marcial Tagle.

Año de Escritura: 2001

Año de estreno: Agosto de 2001

Síntesis Argumental: Un hombre de treinta y seis años, cesante y separado, ha raptado a sus hijos. Espera en su departamento la llegada de su ex esposa, la limpieza de sus papeles, la devolución de su empleo... Pero llegará también la policía, su hermano, las culpas y sus propios crímenes. El hombre acorralado se vuelve dueño de la situación, el poder está de su lado, desvaría, amenaza, es un cuervo que da graznido ante sus presas. Antes del final se revelarán sus crímenes, la cabeza de su jefe, el cuerpo desmenuzado de sus hijos...

Reseña: De pronto Santiago fue invadido por pájaros hambrientos que buscan alimento para sobrevivir... pájaros que graznan su desaliento, su ausencia de mar, un cansancio de vuelo sin pausa que las ha convertido en aves carroñeras, desterrándolas de arenas suaves y cálidas. Cualquier animal abatido, acorralado y desterrado se transforma en una bestia sin límites, en un ángel del terror... no hay nada nuevo bajo el sol, el sistema que vivimos produce cada cierto tiempo esta suerte de monstruos castos que nos devuelven una imagen descarnada de nuestra cara. Nuestra cara de buenas personas. **(Paulina García)**

El Graznido... crónicas de un monólogo

Cuando me llama Andrea (Pérez de Castro) para escribir en este proyecto de Monólogos de la Ciudad, pensé en cuántos sitios de la ciudad conozco, en cuántos sitios de la ciudad he vivido. El pie forzado (ahora me están encantando los pie forzados) era un monólogo, una persona, una ciudad (este Santiago u otra tan igual)... Y ahí quedé yo frente a la ciudad, en pie, desde lo alto; como desde lo alto la vi cuando viví en algún piso, con una ventana que me mareaba, con gente a mis pies, en la calle, que me intrigaba, tan lleno de la ciudad y tan solo.

Solo, porque hablamos solos, habitamos solos, escribimos solos, echamos a andar ideas solos, deambulamos.

He ahí el hombre, de pronto lo vi surgir desde algún edificio, enajenado, dolido, perverso y perfecto. Gritaba. Gritaba él, gritaba yo, gritábamos de dolor con las manos aleteábamos como un pájaro. Un ave cuerva, un ganso, un graznido.

Sólo pude escupir lo que traía atragantado, la pobre garganta se me quedó seca, fue un escupitazo arrebatado y clarividente. Había presagios que no sé que mano me hizo escribir. Fue bello verlo, fue terrible cerciorarse que era cierto.

La urbanidad es una extravagante manera de volver a la era de las piedras, es meterse una vez más a las cavernas esta vez y para siempre. Volver a morder las presas y no distinguir entre especies para sobrevivir... y no privarse de nada, tener mucha hambre para sentir, mucha rabia para engullir, mucho miedo para atacar. Los dientes, de alguna manera en la ciudad están creciendo los dientes y las garras y los gritos... y si te atreves a hablar. ¡Si te atreves a hablar! Lo harás solo, solo, ya no se te escucha entre los gritos. Nadie escucha. Nadie atiende las súplicas. Nadie obedece las advertencias.

Escribí mareado y dolido, sin citar mi propia historia, citaba mis alaridos, mataba mis ganas asesinas, mordía la rabia de ver y verme. No había plan, la claridad la traería la capitana de este barco que quise lanzar con marea ruda.

Vino el estreno, en el intertanto el graznido yacía en las manos de Paly y Marcial. Salté a la otra orilla y en el puerto vi llegar un barco hermoso, crudo, tan macabro mientras más se me acercaba, no me reconocía, pero allí estaba. La directora y el actor, la capitana y ese naufrago gigante me habían desconocido e inventado, asesinado y parido a la vez. Era tan distinto a mí, como lo es un rostro de una radiografía.

El barco flota y quiero verlo seguir flotando, se llama Graznido y goza de una terrible enfermedad.

Días después del estreno de esta obra (siempre en agosto del 2001) un hombre, en la soledad de una fábrica, degollaba a sus tres hijos pequeños. Poco antes había amenazado a su ex mujer: "si no haces lo que te pido no vas a volver a verlos... mataré a tus hijos" ¡Y lo hizo! Graznó y su graznido me tocó una tarde mirando mi ventana (esto es cierto, no es poesía) Es terrible y es cierto. La vida intenta ser como el arte, a veces. Pero nadie entiende las súplicas, ni a dónde van a parar los gritos, nadie entiende las bromas ni las advertencias. El hombre aún esta de pie frente a la ventana, no sé si se está entregando, o descansa después de perpetrar el crimen o lo está preparando. Quiero advertirlo, pero no se escucha el grito. Hablo solo, todos hablamos solos, muy solos de la ciudad. Un impotente monólogo.

Cristian Figueroa A.